

**SENDAS
QUE CONDUCEN
AL PODER**



Por A. W. TOZER

la PUBLICACIONES
ADIEL

PA-041-01-03

CONTENIDO

Sendas que conducen al poder	5
La parte de Dios y la parte del hombre . . .	13
Los frutos de la obediencia	21
Los milagros vienen detrás del arado . . .	29
Por medio del derramamiento del Espíritu	45
Unidad y renovación	55

SENDAS QUE CONDUCEN AL PODER

Autor: A. W. Tozer

© Copyright 1990. Derechos reservados.

ISBN 980-6221-47-8

Publicado por Publicaciones ADIEL

Apartado 370 - Maracay - Venezuela

Impreso por Publicaciones ADIEL.

SENDAS QUE CONDUCEN AL PODER

El evento más grande de la historia ha sido la venida de Jesucristo en carne humana para vivir en la humanidad y morir por ella. Después de éste, el acontecimiento de mayor importancia ha sido el surgimiento de la iglesia para encarnar la vida de Cristo y difundir el conocimiento de su salvación por todo el mundo.

No fue una tarea fácil la que enfrentó la iglesia cuando descendió del aposento alto. La misión de llevar adelante la obra de un hombre del cual se sabía que había muerto como criminal, y aún más, de persuadir a los hombres que El había resucitado de los muertos y que era el Hijo de Dios y el Salvador, estaba desde el principio por su naturaleza, condenada al fracaso. ¿Quién creería esta fantástica historia? ¿Quién pondría su fe en alguien a quien la sociedad había condenado y crucificado?

Si la iglesia hubiera quedado abandonada a su propia suerte, ya estaría muerta, como les había sucedido a un centenar de sectas abortivas que habían aparecido antes de ella, y no hubiera dejado nada para que recordaran las futuras generaciones. El hecho de que la igle-

sia no pereció se debió por completo al elemento milagroso que había dentro de ella. Ese elemento fue provisto por el Espíritu Santo, que descendió sobre ella el día de Pentecostés, con el fin de darle el poder que necesitaba para su tarea; porque la iglesia no era una organización, ni un movimiento, sino una encarnación tangible de energía espiritual. Ella realizó, dentro de un tiempo notablemente corto, unos prodigios de conquista espiritual tan grandes, que nos quedamos completamente sin explicación, a menos que consideremos la participación divina.

En resumen, la iglesia comenzó con poder, se movió con poder y siguió hasta donde tuvo poder. Cuando ya no tuvo poder de Dios, se enterró en busca de seguridad y trató de conservar lo que había logrado. Pero las bendiciones que ella tenía eran como el maná: cuando trató de guardarlas para el otro día, criaron gusanos y se pudrieron. Es así como hemos pasado por el monasticismo, el escolasticismo y el institucionalismo, los cuales son indicaciones de lo mismo: la ausencia del poder espiritual.

Cada vez que ha habido un retorno al poder del Nuevo Testamento en la historia de la iglesia, se ha registrado un avance en alguna parte, una nueva proclamación del Evangelio de vida; y toda disminución de poder ha dado lugar al surgimiento de alguna clase de mecanismo para la conservación y la defensa.

Si este análisis es razonablemente correcto, entonces hoy nos encontramos en un estado de muy baja energía espiritual; pues no puede negarse que la iglesia moderna se ha enterrado hasta sus oídos y está luchando desesperadamente para defender el poco terreno que le queda. Carece del discernimiento espiritual necesario para saber que su mejor defensa es tomar la ofensiva, y está tan lánguida que no podría poner en práctica este conocimiento, aunque lo entendiera.

Si hemos de avanzar, tenemos que poseer poder. El paganismo está reduciéndole lentamente este terreno a la iglesia, y la única respuesta de ella es un "operativo" ocasional, que pudiera describirse como una leve contracción de los músculos morales. Estos operativos llegan hasta los titulares y tal vez aun lleguen a merecer un reporte gráfico en la última página, pero lo que logran en el sentido duradero es muy poco y pronto se olvida. La iglesia tiene que tener poder y llegar a ser formidable, peligrosa, si ha de volver a obtener su prestigio y proseguir hasta hacer que su mensaje sea tan revolucionario y conquistador como lo fue en otros tiempos.

Puesto que la palabra poder tiene muchos usos y abusos, permítaseme explicar lo que quiero decir con ella. Primeramente, me refiero a una energía espiritual de suficiente voltaje como para producir otra vez grandes santos. El tipo de crecimiento cristiano, blando e

inofensivo, que hay en nuestra generación, no es más que un triste ejemplo de lo que la gracia de Dios puede hacer cuando opera con poder. El acto de aceptar a Cristo, que está desprovisto de emoción en el día de hoy, se parece muy poco a las conversiones tormentosas de los tiempos bíblicos. Necesitamos el poder que transforma, que llena el alma con una dulce intoxicación, que hace que un perseguidor de la iglesia quede "fuera de sí" con el amor de Cristo. Hoy tenemos santos teológicos, que pueden (y tienen que) probar que son santos apelando a citas del griego original. Necesitamos santos cuyas vidas proclamen que ellos son santos y que no necesiten acudir a la concordancia para lograr autenticidad.

En segundo lugar, me refiero a una unción espiritual que dé un ambiente celestial a nuestra adoración, que endulce nuestros lugares de adoración con una presencia mística. En tal santo lugar, los sermones ostentosos y las personalidades modernizadas se sentirán fuera de lugar, como si fueran una vergüenza para el Espíritu Santo; y el énfasis se hará en lo que corresponde: en el mismo Señor y en su mensaje.

Luego, cuando hablo de poder, me refiero a aquella cualidad celestial que distingue a la iglesia como una institución divina. La más grande evidencia de nuestra debilidad en estos días es que ya no hay nada terrible o misterioso en nosotros. Se han dado explicaciones acer-

ca de la iglesia, de la señal más segura de su caída. Pareciera que hoy no hay nada que no lo puedan explicar la sicología y las estadísticas. En la iglesia primitiva se reunían en el pórtico de Salomón y sentían de una manera tan grande la presencia de Dios que "ninguno se atrevía a juntarse con ellos". El mundo veía el fuego que había en ese bosque, y se detenía a mirar con temor; pero nadie le tiene temor a la ceniza. Hoy los atrevidos se acercan hasta donde les place; aun le dan palmaditas por la espalda a la moderna esposa de Cristo y se vuelven vulgarmente familiares. Si alguna vez hemos de volver a impresionar a los hombres no salvos con un saludable temor de lo sobrenatural, es preciso que experimentemos una vez más la santa dignidad del Espíritu, tendremos que tener de nuevo el misterio que inspira temor, el cual viene sobre los hombres y las iglesias cuando éstos están llenos del poder de Dios.

Además, me refiero a aquella energía eficaz que Dios ha derramado, tanto en tiempos bíblicos como posteriores, sobre la iglesia y sobre las circunstancias que la rodearon en su primera andanza y lucha en este mundo, que la hizo fructífera en el trabajo e invencible ante sus enemigos.

¿Milagros? Sí, si a usted le gusta esta palabra. ¿Respuestas a la oración? ¿Providencias especiales? Todas estas cosas y más, todo está resumido en las palabras del evangelista

Marcos: "Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían" (Marcos 16:20). Todo el libro de los Hechos y los más nobles capítulos de la historia de la iglesia que se han escrito desde los tiempos del Nuevo Testamento, son una extensión de este versículo.

Palabras como las que encontramos en Hebreos 2:4 constituyen una reprensión para la iglesia incrédula de nuestros días:

"...testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad."

Una iglesia fría está obligada a "interpretar" tal lenguaje. Ella no puede entrar en este asunto, así que se disculpa dando explicaciones. No se requiere ni un pequeño malabarismo, ni siquiera unas pocas declaraciones para las cuales no haya base bíblica, sino que cualquier cosa sirve para cubrirnos el rostro y dejar nuestro ego inalterado. Tal exégesis tan sólo es un refugio para la ortodoxia incrédula, un escondite para una iglesia que está tan débil que no puede sostenerse.

Nadie que tenga conocimiento de los hechos puede negar la necesidad de la ayuda sobrenatural en la obra de evangelización mundial. Estamos colocados en una situación tan desesperadamente inferior, ante la fuerza supe-

rior de este mundo que, en el caso nuestro, significa, o depender de Dios o sufrir la derrota. El cristiano que sale a trabajar sin fe en los milagros, regresará sin fruto. Nadie debe arriesgarse a tratar de hacer lo imposible, hasta que haya recibido el poder del Dios de lo imposible. Nuestra garantía es que "el poder del Señor" esté allí.

Por último, cuando hablo del poder me refiero a la inspiración divina que mueve el corazón y persuade al oyente para que se arrepienta y crea en Cristo. No es la elocuencia, ni la lógica; no es la argumentación. No son estas cosas, aunque lo que es pudiera ir acompañado por cualquiera de ellas o por todas. Es más penetrante que el pensamiento, más desconcertante que la conciencia, más convincente que las palabras. Es el milagro sutil que se produce después de la predicación inspirada por el Espíritu Santo, una misteriosa operación del Espíritu sobre el espíritu. Tal poder tiene que estar presente hasta cierto punto para que cualquiera pueda ser salvo. Es la capacitación máxima, sin la cual ni la persona más honesta que busque la salvación podrá hallar la fe salvadora.

Puesto que eso es así, tendremos tanto éxito según tengamos poder, ni más ni menos. La falta de fruto a lo largo de un período demuestra la falta de poder. Esto es tan cierto como el hecho de que las chispas se levantan. Las circunstancias pudieran obstaculizar la

obra temporalmente, pero nada puede resistir o levantarse durante largo tiempo contra el puro poder de Dios. Oponerse a este glorioso poder cuando es derramado sobre los hombres, sería como luchar contra el sinuoso rayo. Este poder salvará o destruirá. Será un olor de vida para vida o de muerte para muerte.

Dios dijo: "Recibiréis poder". Es una promesa y una provisión de Dios. Lo demás depende de nosotros.

La parte de Dios y la parte del hombre

El hecho de no distinguir entre la parte de Dios y la parte del hombre en la salvación, impide que incontables personas que buscan la paz, la hallen; y ha dejado a grandes sectores de la iglesia sin poder durante largos periodos.

Es necesario decir con osadía que hay algunas cosas que sólo Dios puede hacer y perdemos todo esfuerzo, si intentamos hacerlas nosotros. Hay otras cosas que sólo el hombre puede hacer, no obstante, si tratamos de persuadir a Dios para que las haga, perdemos nuestras oraciones. Es inútil tratar de hacer la obra que sólo puede hacer la gracia soberana; igualmente es inútil implorar a Dios que haga lo que, mediante su autoridad suprema, nos ha mandado hacer.

Entre las cosas que sólo Dios puede hacer, una de las más importantes es la obra de la redención. La expiación fue realizada en aquel lugar santísimo donde nadie, sino el divino Salvador, pudo entrar. Esta gloriosa obra no le debe al hombre ni un pensamiento, ni una acción, ni una virtud. Lo mejor de la raza de Adán no podría agregarle nada. Fue una obra de Dios, y el hombre sencillamente no podía tener parte en ella.

La redención es un hecho objetivo, es una obra potencialmente salvadora; realizada a favor del hombre, efectuada fuera e independientemente del individuo. La obra de Cristo en el Calvario hizo la expiación para todos los hombres, pero no salvó a ningún hombre. La salvación es personal. Es la redención hecha efectiva hacia el individuo, es la obra de Dios en el corazón, hecha posible por el sacrificio de Cristo en la cruz. Tanto la obra de la redención, efectuada una vez, como la de la salvación realizada muchas veces, pertenecen a la clase de cosas que sólo Dios puede hacer.

Ningún hombre puede perdonar su propio pecado; absolutamente nadie puede regenerar su corazón; ni declararse justificado y limpio. Todo esto es obra de Dios en el hombre, que emana de lo que Cristo ya hizo a favor del hombre. La expiación universal hace que la salvación esté disponible para todo el género humano, pero no implica que sea universalmente efectiva en cada individuo.

Si la expiación se hizo a favor de toda la humanidad, ¿por qué no todos los hombres son salvos? La respuesta es la siguiente: Para que la redención llegue a ser efectiva en el individuo, éste tiene que realizar una acción. Esta no es un acto de mérito, sino de condición. Es un acto de importancia eterna para nosotros, porque el hecho de no cumplirlo impide que recibamos la obra de Cristo en la

salvación individual. Este acto del hombre, mediante el cual se apropia la salvación, sólo puede hacerlo el hombre.

La ortodoxia de nuestro tiempo tiene temor de enfrentarse a esta verdad. Se nos ha enseñado la doctrina de la gracia, y tenemos un temor horrible de declarar las cosas, no sea que le quitemos a la gracia su carácter absoluto y le sustraigamos los méritos a la cruz. Pero es un error hablar de una manera suave sobre un tema tan vital para el alma. Debemos comprender la clara distinción y luego ser tan osados como nos lo impongan los hechos. No necesitamos temer nunca que le vamos a robar la gloria a Dios por el simple hecho de comprender una verdad que El mismo nos ha revelado. El hecho de no distinguir la parte de Dios de la que corresponde al hombre, ha dado como resultado una confusión mental y una inacción moral entre los cristianos. La seguridad y el poder requieren que sepamos y actuemos conforme a la verdad tal como se nos revela en la Palabra de Dios.

En la categoría de las cosas que Dios no puede hacer está la siguiente: Dios no puede arrepentirse por nosotros. En nuestros esfuerzos para magnificar la gracia, hemos predicado de tal manera que comunicamos la impresión de que el arrepentimiento es una obra de Dios. Este es un grave error que está imponiendo por todas partes espantosas exigencias a los cristianos. Dios ha mandado a

todos los hombres que se arrepientan, nunca prometió arrepentirse por ellos. Ni siquiera Cristo pudiera hacerlo por otra persona. El murió en nuestro lugar, pero no puede arrepentirse por nosotros.

Dios en su misericordia puede inclinarnos, movernos y capacitarnos por su Espíritu al arrepentimiento. La Biblia enseña claramente que para ser salvos, tenemos que aplicar nuestro libre albedrío, arrepentirnos hacia Dios y depositar la fe en Jesucristo; la experiencia lo apoya de manera abundante. El arrepentimiento implica reforma moral. Las prácticas incorrectas están en el lado del hombre y sólo él puede corregirlas. La mentira, por ejemplo, es un acto del hombre y él tiene que asumir plena responsabilidad; cuando se arrepienta, dejará de mentir.

Cuando las cosas se declaran así, de una manera franca, se hacen lo suficientemente obvias, que podemos preguntarnos por qué razón las personas esperan que Dios se arrepienta por ellas. Sin embargo, en la práctica y bajo la presión de una fuerte emoción religiosa, las cosas no son tan claras como uno pudiera suponer. El énfasis en que "todo ha sido hecho, y tú no puedes hacer nada", ha causado confusión entre los que buscan la verdad. Se les dice a las personas que tienen que perecer por causa de lo que son, no por causa de lo que hacen. Lo que hacen no es de ningún modo importante; y además, no pue-

den hacer nada para salvarse. Incluso se les advierte que sugerir tal cosa es ofender a Dios. ¿El ejemplo de Caín no es suficientemente horrible para probar eso? Y así estas personas son bamboleadas de manera impotente entre el primer y el último Adán. Uno pecó por ellos y el otro ha hecho todo lo demás. Así se corta el nervio de su vida moral y quedan expuestos a hundirse en la desesperación, con temor de moverse, para no ofender a Dios, y sin embargo están profundamente conscientes que algo anda mal en sus vidas religiosas.

El remedio consiste en comprender claramente que los hombres no están perdidos por causa de lo que alguien hizo hace millares de años; están perdidos por cuanto pecan individualmente. Y puesto que la expiación ha sido hecha, son salvos por cuanto se arrepienten individualmente. Creer que podemos delegar el arrepentimiento es una inferencia sacada de la doctrina de la gracia, cuando se entiende imperfectamente y se presenta de manera errada.

Hay otra cosa que Dios no puede hacer: El no puede creer por nosotros. Ciertamente la fe es un regalo de Dios; pero el ejercicio de ese don es un acto de nuestra voluntad. La fe envuelve una estima del carácter de Dios por parte del creyente. Consiste en decidir que Dios es digno de confianza y luego tener fe en El de tal manera que nos lleve a descansar en sus promesas y obedecer sus mandamientos:

esa es la fe bíblica. Cuando Dios es el objeto de la fe, no puede ser a la vez el sujeto. El pecador que se arrepiente es el que tiene que creer. La fe salvadora conducirá inevitablemente a un acto de consagración a Cristo. El que busca la verdad tiene que hacerlo por sí mismo. Dios puede ayudarlo y esperar pacientemente durante mucho tiempo; pero nunca tomar el lugar del pecador ni hacer este acto por él.

Cuando una vez más se entienda que Dios no será responsable de nuestro pecado e incredulidad, será un día de alegría para la iglesia. La comprensión de que seremos moralmente responsables de nuestros pecados en el juicio, puede resultar chocante, pero aclara el entendimiento y quita la incertidumbre. Los pecadores que regresan a Dios, pierden su tiempo cuando lo dedican a pedirle que haga aquellas mismas acciones que El severamente les ordenó que hicieran. El no discutirá con ellos, sencillamente dejará que escojan su destino. La incredulidad es un gran pecado, o mejor dicho, es la evidencia de que los pecados están encubiertos y no confesados. El orden es: "arrepentíos y creed". La fe ciertamente vendrá después del arrepentimiento y la salvación será el resultado feliz.

Cualquier interpretación sobre la libre gracia de Dios, que exonere al pecador de su plena responsabilidad de arrepentirse y creer, no es de Dios, ni está de acuerdo con la verdad

revelada. El tampoco es responsable de ayudarnos a arrepentir. Dios no nos debe nada, excepto la justicia. El único hombre que recibe su merecido es aquel que muere en pecado y va sin bienaventuranza al juicio. Todos los demás somos objetos de una misericordia que no hemos ganado. Esperar que Dios nos ayude a arrepentirnos o creer que de algún modo El está obligado a hacer eso, es entender mal todo el plan de la redención y sustituir la gracia por los méritos en la salvación.

¿Qué relación tiene todo esto con la carencia de poder en la iglesia de nuestro tiempo? Mucha, en realidad. Millones de personas comienzan su vida religiosa sin entender el deber moral que tienen con Dios. Tienen la vaga esperanza que la obra de Cristo en la cruz se hizo cargo de su responsabilidad, por tanto, no hacen ningún esfuerzo para poner sus vidas a tono con los requerimientos del Nuevo Testamento. En consecuencia, no tienen claridad con respecto a nada; están llenos de incertidumbre y dudas. Su experiencia religiosa es una amarga desilusión. Tienen poco gozo y ningún entusiasmo, porque es difícil que uno llegue a sentirse emocionado con respecto a una incertidumbre.

No vale la pena exhortar a esos pretendidos cristianos para que busquen el poder; no vale la pena hablarles de las bendiciones de una vida rendida al Señor. Sencillamente no pueden entender tal cosa; oyen el sermón y luego

continúan con su tediosa tarea de tratar de persuadir a Dios para que haga las cosas que El les ha mandado. Hasta que esto se corrija, podemos esperar poco poder en nuestras iglesias.

Los frutos de la obediencia

Obedecer, según el Nuevo Testamento, significa poner seria atención a la Palabra de Dios, someterse a su autoridad y practicar sus instrucciones.

La obediencia, en este sentido, es casi una letra muerta en el cristianismo moderno. Se puede enseñar de vez en cuando de una manera lánguida, pero no se destaca suficientemente como para darle poder a la vida de los oyentes. Para que una doctrina sea efectiva, además de ser recibida y sostenida por la iglesia; tiene que estar respaldada por tal fuerza de convicción moral que el hincapié caiga como un golpe sobre el fulminante, para que haga estallar la energía que está latente dentro de ella.

La iglesia de nuestro tiempo ha suavizado la doctrina de la obediencia, bien descuidándola por completo o mencionándola sólo en forma apologética, como si fuera de paso. Este es el resultado de una confusión fundamental en la mente del predicador y de la iglesia respecto a la obediencia y las obras. Al descartar la falsa doctrina de la salvación por medio de las obras, hemos caído en el error opuesto de la salvación sin obediencia.

La Biblia no enseña nada acerca de la salvación aparte de la obediencia. Pablo dio tes-

timonio que él fue enviado a predicar "la obediencia a la fe en todas las naciones". El les recordó a los cristianos de Roma que habían sido libertados del pecado por la siguiente razón: "... habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados". En el Nuevo Testamento no hay contradicción entre la fe y la obediencia, pero sí entre la fe y las obras de la ley y también entre la ley y la gracia.

La Biblia no reconoce ninguna fe que no conduzca a la obediencia, ni ninguna obediencia que no brote de la fe. Las dos son los lados opuestos de la misma moneda. Si usted tuviera que dividir una moneda por el filo, destruiría ambos lados, perdiendo totalmente su valor. Del mismo modo la fe y la obediencia están unidas para siempre y ambas pierden su valor cuando se separan. El problema que muchos tenemos hoy consiste en que estamos tratando de creer, sin intentar obedecer.

El mensaje de la cruz contiene dos elementos: (1) promesas y declaraciones que deben creerse, y (2) mandamientos que deben obedecerse. Obviamente, la fe es necesaria para las primeras y la obediencia, para los segundos. De hecho lo único que podemos hacer con una promesa o una declaración es creerla; físicamente es imposible obedecerla, porque no se refiere a nuestra voluntad, sino a nuestro entendimiento. Igualmente es imposible creer un mandamiento; porque no está dirigido

esencialmente a nuestro entendimiento, sino a nuestra voluntad. Ciertamente, podemos tener fe en su justicia; confiar en que es un mandamiento bueno y correcto; pero eso no es suficiente. Mientras rehusemos obedecer, no hemos hecho nada con respecto al mandamiento. Esforzarnos para creer aquello que se dirige a nuestra obediencia es enmarañarnos desesperadamente en un laberinto de imposibilidades.

La doctrina del Cristo crucificado y la riqueza de verdades que se vinculan a ella, tienen este doble contenido. Por tanto, el apóstol puede hablar acerca de "la obediencia a la fe", sin contradecirse. Se puede afirmar: "El evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree", y "...Vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen". No hay nada incompatible entre estas dos declaraciones cuando se entienden a la luz de la unidad, esencial entre la fe y la obediencia.

La debilidad del mensaje que predicamos hoy radica en hacer más hincapié en la fe que en la obediencia. Esto se ha llevado tan lejos que, en la mente de millones de personas religiosas, la palabra creer tiene el doble significado de creer y obedecer. Se ha producido una hueste de cristianos mentales cuyos caracteres están mal formados y sus vidas fuera de proporción. Erróneamente se ha tomado la imaginación como si fuera la fe, y se ha hecho que le sirva a la obediencia.

Hay una enfermedad mental bastante conocida entre nosotros, que consiste en que el paciente vive en un mundo completamente imaginario, ficticio, lleno de fantasía, sin ninguna realidad objetiva que corresponda a esa fe. Todos saben esto, excepto el mismo paciente; él discute a favor de su mundo con toda la lógica de un hombre cuerdo; y lo patético es que él es absolutamente sincero.

Por tanto, hallamos cristianos que han vivido durante tanto tiempo en la atmósfera enraizada de la imaginación que parece casi imposible relacionarlos con la realidad. La desobediencia ha paralizado sus piernas morales y disuelto su columna vertebral; así que se desploman en un montón esponjoso de teoría religiosa, y creen todo con ardor, pero no obedecen en absoluto. En verdad, se escandalizan profundamente con sólo oír la palabra "obedecer". Para ellos huele a herejía y fariseísmo. Piensan que son los únicos que han usado bien la palabra de verdad. ¡Su doctrina de acción indolente es la religión del Nuevo Testamento! ¡Por esa razón, murieron los reformadores! Todo lo demás es la religión de Caín.

Si no fuera por el hecho de que este credo del impase moral ha influido prácticamente en todo rincón del mundo cristiano; ha capturado a los seminarios e institutos bíblicos; ha determinado el contenido de la predicación evangelista y hasta ha llegado a decidir qué clase de

cristianos debemos ser; todo esto pudiéramos pasarlo por alto y tomarlo como sólo una cosa más. Tengo la convicción que el falso concepto moderno de la función de la fe y el hecho que nuestros maestros no insisten en la obediencia, han debilitado a la iglesia y retardado lamentablemente el avivamiento en este último medio siglo. La única cura consiste en eliminar la causa. Para esto se necesita cierto valor, pero vale la pena el empeño decidido.

Siempre estamos en peligro de ser víctimas de las palabras. Una frase toma a menudo el lugar de la realidad espiritual; por ejemplo "seguir al Señor" o "seguir al Cordero" (Apocalipsis 14:4). No podemos, como los primeros discípulos, seguir al Maestro en determinada área geográfica. Tenemos la tendencia de pensar en esto con sentido literal, pero al mismo tiempo sabemos que es imposible y esto ha llegado a significar poco más que un acuerdo manifestado con movimientos afirmativos de la cabeza a las verdades del cristianismo. Pudiera sorprendernos el hecho de saber que el verbo "seguir" es una palabra del Nuevo Testamento que se usa para referirse al hábito establecido de obedecer los mandamientos de Cristo.

Examinemos algunos frutos de la obediencia mencionados en el Nuevo Testamento: la casa del hombre obediente se construye sobre la roca (Mateo 7:24). Este hombre será amado por el Padre, y contará con la manifestación

del Padre y del Hijo, quien vendrá a él y hará morada en él (Juan 14:21,23). Este permanecerá en el amor de Cristo (Juan 15:10). Mediante la obediencia a la doctrina de Cristo, es libertado del pecado y hecho siervo de la justicia (Romanos 6:17,18); se le da el Espíritu Santo (Hechos 5:32). Se libra de engañarse a sí mismo y es bienaventurado en todo lo que hace (Santiago 1:22-25). Su fe es perfeccionada (Santiago 2:22). Es confirmado en la seguridad que tiene de Dios y en la confianza de que todo lo que pida en oración lo recibirá (1 Juan 3:18-22). Estos son algunos versículos que pueden citarse del Nuevo Testamento; sin embargo, más importante que cualquier cantidad de versículos probatorios es el hecho de que el flujo total del Nuevo Testamento se mueve en este sentido. Uno o dos versículos pudieran ser mal interpretados, pero no se puede interpretar mal el tenor total de la Escritura.

¿Hasta dónde llega todo esto? ¿Cuáles son las implicaciones prácticas para nosotros los cristianos comunes y corrientes de hoy? Podemos estar seguros de esto: Dios nos enviará las lluvias de bendición tan pronto como comencemos a obedecer sus claras instrucciones. No necesitamos una nueva doctrina, ni un nuevo movimiento, ni una "clave", ni siquiera a un evangelista importado o un "curso" costoso para que nos muestren el camino. Está delante de nosotros tan claro como una autopista de cuatro canales juntos.

A cualquiera que pregunte, le diría: "Sencillamente haga lo que usted sabe que debe hacer a continuación, para poner en práctica la voluntad del Señor. Si hay pecado en su vida, abandónelo. Apártese de la mentira, murmuración, deshonestidad o de cualquier pecado. Abandone los placeres mundanales, la extravagancia en el gasto, la vanidad en el vestir, en su carro, en su hogar. Póngase en armonía con cualquier persona a la que haya hecho algún mal. Perdona a cualquiera que se haya actuado mal con usted. Comience a usar su dinero para ayudar a los pobres y llevar adelante la causa de Cristo. Tome la cruz y viva con sacrificio. Ore, dé, asista al servicio del Señor. Testifique de Cristo, no sólo cuando sea conveniente, sino también cuando comprenda que debe hacerlo. No considere el costo, ni tema a las consecuencias. Estudie el Nuevo Testamento para conocer la voluntad de Dios y luego hágala tal como la comprende. Comience ahora, dando el paso siguiente y prosiga."

